



REVISTA DE LIBROS

Dossier: “Entre la seducción y el exterminio: las formas del fenómeno religioso en la Europa de la primera Edad Moderna”

## Introducción

### Religión y proyecto moderno

***Fabián Alejandro Campagne***

*Universidad de Buenos Aires*

*campagne@fibertel.com.ar*

Uno de los méritos evidentes del —por otra parte polémico— paradigma de la confesionalización es la atención que presta al fenómeno religioso como uno de los motores fundamentales del cambio histórico en la Europa de la alta Edad Moderna. Con esta explícita toma de posición, los padres fundadores de este esquema interpretativo —Heinz Schilling y Wolfgang Reinhard en los años setenta y ochenta del siglo pasado, por caso— se apartaban sin concesiones de una vieja tradición intelectual, que hundía sus raíces en la Ilustración dieciochesca, e incluso en la fase previa del proto-iluminismo o período de la crisis de la conciencia europea, según la feliz expresión que da título al legendario ensayo de Paul Hazard. Esta corriente de pensamiento, que tuvo quizás en Jacob Burckhardt su expresión más difundida, exitosa y omnipresente, enfatizaba la radical incompatibilidad, propia de elementos inmiscibles como el aceite y el agua, entre el fenómeno religioso y el proyecto moderno. Con su inicio establecido en tiempos del Humanismo, con su fortalecimiento asociado al fermento spinozista y con su apogeo alcanzado durante el Siglo de Las Luces, la modernidad occidental fue vista durante mu-

cho tiempo —por siglos, de hecho— como una instancia radicalmente superadora de toda forma de creencia y praxis religiosa, como la verdadera némesis de un universo de prácticas y sentidos arcaico emparentado con los temores propios de la edad infantil, con las distorsiones características de los estados de alienación mental y con el primitivismo irracional de las civilizaciones humanas más antiguas.

Ahora bien, el ingente volumen de estudios de historia cultural dedicados a la Europa de los siglos XVI y XVII producidos en el último medio siglo parecen probar de manera concluyente la tesis contraria: durante la primera Edad Moderna la religión estuvo lejos de convertirse en un fenómeno acotado y marginal, en una dimensión de la cultura humana acorralada y en retroceso. Por el contrario, entre 1500 y 1700 el fenómeno religioso manifestó una vitalidad —con frecuencia brutal—, una fortaleza —con frecuencia fanática— y un empuje —con frecuencia impiadoso— prácticamente inéditos en la historia planetaria. De hecho, los tiempos en los que vivieron Maquiavelo, Miguel Ángel, Cervantes, Shakespeare, Galileo, Descartes, Pascal y Molière —por citar sólo algunos célebres modernos conocidos incluso por quienes jamás han leído un libro de historia— podrían caracterizarse como una verdadera edad de oro de la religión y de la religiosidad humanas en toda su riquísima gama de objetivaciones y subjetivaciones posibles. Como es bien sabido, este período áureo del caldero religioso iniciará su —¿definitiva?— curva descendente sólo cuando el proceso de secularización ingrese en una fase de no retorno en la segunda mitad del siglo XVIII, en vísperas de las revoluciones modernas y tras un siglo de reflexiones filosóficas orientadas a demoler sus principales fundamentos metafísicos, gnoseológicos y morales.

Una prueba palmaria de la potencia y capacidad expansivas de la religión en la temprana modernidad es el impactante crecimiento de una serie de prácticas culturales asociadas. En primer lugar, el notable despliegue de estrategias propagandísticas y publicitarias, que iban desde los sermones corrientes destinados a los feligreses convencionales hasta las ambiciosas campañas evangelizadoras en ultramar, pasando por las misiones interiores obsesionadas con la cristianización de enteras regiones del Viejo Mundo en las que el cristianismo parecía no haber penetrado sino de forma epidérmica. En segundo lugar, el incontrolable, paroxístico, pandémico desarrollo del fenómeno místico-profético-visionario, la explosión de formas de religiosidad carismática o

para-institucional que experimentaron un brusco despertar en los siglos XII y XIII, que se vieron alentadas por procesos —en extremo revulsivos para los criterios de verdad tradicionales— como el Gran Cisma de Occidente y la Reforma protestante, y que sólo pudieron ser neutralizadas o reabsorbidas por las Iglesias institucionales —aunque en ningún caso de manera completa o definitiva— en los años finales del siglo XVII. En tercer lugar, el apogeo de la violencia confesional, un desbordado (y desbordante) odio interreligioso que alcanzó en la modernidad temprana cotas de ferocidad animal (el sangriento hilo conductor que une la hoguera de Montségur, la masacre del día de San Bartolomé y las columnas infernales de La Vendée, por sólo mencionar tres ejemplos conocidos de una animadversión e inquina irracionales que se alimentaban de una irrefrenable exaltación religiosa). Si tomamos a los siglos XVI y XVII como puntos de referencia centrales, nunca antes y nunca después la cultura europea destinaría tanta energía humana y tanto recursos materiales a la conversión de millones de personas asentadas en otros continentes, a la apertura de vías directas y expeditivas de comunicación con el orden sobrenatural, y al exterminio físico de los colectivos resilientes a las maniobras y dispositivos aculturizadores.

Los libros reseñados en el presente dossier dan cuenta de las tres aristas que acabamos de señalar. Los ensayos de Yuichi Akae y de Ana Hosne analizan formas específicas del fenómeno de las misiones, la evangelización y la predicación popular. *A Mendicant Sermon Collection* recupera una colección de sermones en latín compilados a fines del siglo XIV por el fraile agustino John Waldeby como una herramienta para facilitar la prédica corriente, ordinaria, dominical de los religiosos a cargo de tareas de índole pastoral. En el otro extremo, *The Jesuit Missions to China and Perú* se aparta del universo local o parroquial en suelo europeo para abordar en perspectiva comparada la ardua tarea misional de los jesuitas José de Acosta en los Andes Centrales bajo la dominación española y Mateo Ricci en la China de los Ming, panoramas diametralmente opuestos en lo que se refiere a las posibles combinaciones de coerción y seducción requeridas para expandir con éxito los horizontes del cristianismo europeo en su versión católica fuera del Viejo Mundo.

Los trabajos de Alabrús-García Cárcel y de Lionel Laborie indagan aspectos concretos del fenómeno de la religiosidad carismática o para-institucional. El primero de estos libros aborda la figura liminal de Teresa de Ávila: fronteriza porque logró resolver con astucia y osadía el problema de la incompatibilidad esencial entre misticismo profético y jerarquía eclesiástica, convirtiéndose

así en una las visionarias más exitosas en la historia del cristianismo, punta de iceberg de un inmenso colectivo de mujeres (autodesignadas nuncios celestiales) que pugnaron —la abrumadora mayoría sin éxito— por conseguir la imprescindible validación de manos de las autoridades de la Iglesia. El libro de Laborie aborda un fenómeno mucho menos conocido: el de las ramificaciones londinenses de los *Camisards* de las *Cévennes*, un grupo de exiliados hugonotes que como consecuencia de su expulsión de suelo francés terminaron radicados en Inglaterra. Los eventos que estudia este ensayo se desarrollan mayoritariamente a principios del siglo XVIII, en un contexto en el que la temprana ilustración comenzaba ya a intensificar sus demoleedores ataques conceptuales contra las formas más extremas y antisociales de entusiasmo religioso, por muchos calificadas como la verdadera antítesis del *ethos* iluminista. No obstante, la mismísima presencia de este grupo en la capital inglesa en tiempos de Locke y de Newton, significa una alerta para quienes aún pretendan abordar el estudio del siglo XVIII imaginándolo como una fase por completo desencantada y secularizada de la historia de la cultura de Occidente.

Los últimos dos libros analizados en el dossier, los de Christina Lee y Robert Appelbaum, de corte más abiertamente hermenéutico y especulativo que los anteriores, se relacionan con el tercero de los ejes que señalé con anterioridad: la exacerbación de la violencia física y simbólica en el marco de los (brutales) conflictos interreligiosos temprano-modernos. Como su mismo título lo sugiere, *The Anxiety of Sameness* estudia lo que la autora denomina “la ansiedad por la semejanza”, un estado de zozobra experimentado por las élites sociales ibéricas ante la posibilidad de que exponentes de las minorías étnico-religiosas peninsulares pudieran ocultar sus orígenes impuros y usurpar una identidad cristiano-vieja —incluso nobiliaria— que no les correspondía (revelando de esa forma que las barreras levantadas para delimitar muchos de los colectivos imaginarios por entonces vigentes no eran sino constructos arbitrarios, y por lo tanto tan lábiles como fáciles de atravesar). Por último, *Terrorism Before the Letter* aborda, desde una óptica fuertemente instalada en el análisis literario y en la sociología cultural, eventos asociables a los fenómenos que en la actualidad identificamos con la práctica del terrorismo moderno; aunque en rigor de verdad lo que el autor estudia no son tanto los hechos en sí cuanto las ficciones discursivas y la correspondiente mitografía que de ellas se deriva, que habrían posibilitado entre 1559 y 1642 muchos episodios de

violencia extrema —efectivamente concretados o meramente planeados (la mayoría de ellos fundados en irreconciliables divergencias de carácter religioso)—. Francia, Inglaterra y Escocia son los espacios seleccionados por Appelbaum para estructurar su análisis.

En función de lo dicho, las reseñas bibliográficas que estamos introduciendo cubren un abanico de vertientes del fenómeno religioso temprano-moderno relativamente completo, una mirada panorámica que permite apreciar no sólo la riqueza del fenómeno numinoso en el Renacimiento, el Barroco y la pre-Ilustración, sino su incontenible vigor, un ímpetu indómito que en una sociedad todavía sacralizada como la de la primera modernidad derivaba la mayoría de las veces en escenas de violencia inhumana, implacables ejercicios de coacción, sanguinarios exabruptos de fanatismo y una ingobernable pulsión por cancelar la diferencia y suprimir toda posible manifestación de disidencia o autonomía ideológicas.